

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 420.

Alicante 21 de Diciembre de 1878.

Año IX.

TRIUNFOS DE LA IGLESIA.

El movimiento hace años iniciado en Inglaterra á favor del Catolicismo por las personas mas distinguidas en saber, en posicion y en buenas costumbres continúa; gracias á Dios; sin decaer un momento, fortificando cada dia la creencia de que ántes de mucho tiempo la Isla de los Santos volverá á ser uno de los baluartes de la Iglesia de Jesucristo.

Mr. Orby Shipley, anunciando solemnemente su conversion, es hombre que goza de gran nombradía entre los sabios ingleses, y su ejemplo, como el de otros personajes notables que le han precedido, servirá ciertamente para facilitar la senda de la verdad á los que todavia dudan en responder á la gracia con que Dios los llama á la verdadera fé.

No es esto mera suposicion nuestra, hija de un buen deseo; es repetir lo que dice el mismo Mr. Shipley. «Nadie mejor que yo (afirma en su carta) conoce cuántos hombres importantes y distinguidos han de seguirme: ¡cuántos otros quisieran ya hacerlo! Hay numerosas almas en la

iglesia de Inglaterra que han aceptado ya todos los verdaderos principios, y que los predicán, excepto aquel que debe guiarles á la verdad. Solo tienen que cambiar—cambio, en verdad, grande y costoso—el principio del juicio privado, que bate la fé por su base, por el de la autoridad, que es su seguro cimiento.»

La secta ritualista, aceptando un gran número de prácticas y ceremonias católicas, pone á muchos protestantes en disposicion de completar sin esfuerzo la obra de su vuelta al seno de la verdadera iglesia. Tropezan, es cierto, con el juicio privado, principio disolvente de toda autoridad divina y humana; pero al fin hay muchas preocupaciones que se borran con la costumbre de las ceremonias católicas, y el juicio privado, que es funestísimo y absurdo como fuente de verdad, sirve de instrumento de conversion cuando sincera y sencillamente discurre sobre las bases racionales de la fé, y acepta este don divino con humilde reconocimiento.

Pues bien; Inglaterra, que es un pueblo de hombres formales; que no se deja llevar, ni áun en sus asuntos políticos, de las impresiones del mo-

mento, y que pocas veces, en sus mismos extravíos, ha perdido el instinto de su conveniencia, cosa que no sucede, por desgracia, en los países meridionales, tiene mucho adelantado para volver al seno de la Iglesia católica; y al paso que va, pudiera muy bien suceder que no terminase el siglo actual sin que la viéramos sometida por completo á la infalible autoridad de Roma.

No hace mucho tiempo, un ministro presbiteriano de Escocia dijo que si iban allí los obispos católicos, se les aplicarían las antiguas leyes que les imponían durísimos castigos. Un periódico anglicano tomó por su cuenta la amenaza del sectario; y después de demostrarle que él, como disidente del anglicanismo, estaba sujeto á los castigos con que trataba de amedrentar á los Prelados católicos, le advirtió que le valiera más impedir el desconcierto de sus feligreses é imitar el celo apostólico de los *papistas*, pues si las cosas seguían como hasta entonces, dentro de poco no habría en Inglaterra sino dos grandes agrupaciones: la de los católicos y la de los incrédulos.

El augurio del periódico protestante inglés se está cumpliendo al pie de la letra. Los hombres de bien que unen á su bondad natural fervoroso deseo de conocer la verdad, y trabajan y estudian asiduamente para encontrarla, se hacen al fin y al cabo católicos, arrastrando en pos de sí, con la fuerza de su autoridad personal, á muchas otras almas bien intencionadas, pero que

carecen de tiempo y de condiciones para dedicarse á estudios comparativos sobre doctrinas religiosas.

En cambio, aquellos protestantes que se pagan mucho de su libertad de exámen, porque justifica los extravíos de sus pasiones, rompen con facilidad el endeble lazo que los une á su pastor, y se van derechamente al campo donde no hay pastores, ni rebaños, sino manadas de Epicuro, como diría Horacio. Racionalismo, ó socialismo, ó comunismo, ó llámese como quiera, al fin es descreimiento puro lo que atrae á esa muchedumbre de gentes desprendida de las sectas protestantes.

Y calcúlese lo que en un país como Inglaterra, por lo mismo que es tan formal y tan grave, sucedería si la multitud, desenfrenada de todo sentimiento religioso, no tuviera enfrente una bandera de autoridad, un ejército de soldados de la fé capaces de todos los sacrificios para salvar á un mismo tiempo su Religión y su patria.

De aquí, pues, que en este gran movimiento de disgregación de las sectas en beneficio del Catolicismo, por una parte, y de la incredulidad por otra, veamos nosotros la seguridad del triunfo de la Iglesia en el Reino Unido, como magnífico complemento de los triunfos parciales de que casi diariamente nos dan cuenta los periódicos ingleses.

Verdad es que en último término sucederá en toda Europa lo mismo que está sucediendo en Inglaterra: las sectas caerán hechas polvo, para

levantarse sobre sus cenizas los dos grandes cuerpos de ejército que se disputarán el imperio del mundo: el de la Iglesia de Dios y el de los enemigos de toda religión positiva.

L. F.

DISCURSO DE SU SANTIDAD LEON XIII

á la sociedad primaria romana de los intereses católicos.

Tenemos hoy un dulce consuelo al encontrarnos en medio de una tan numerosa reunión de hijos deseosos de ver á su Padre, de darle pruebas de respetuoso afecto y de recibir el auxilio de su paternal bendición. Este sentimiento de complacencia es en nosotros tanto más vivo, cuanto conocemos el espíritu de sincera y laboriosa caridad de que estais animados, y los preciosos frutos recogidos por esta vuestra sociedad de los intereses católicos.

Ciertamente sirve de gran consuelo á nuestro corazón, en estos tiempos de cruel y continua guerra contra la Iglesia y sus benéficas instituciones, ver á nuestros hijos que, conocida la necesidad y reconocido el peligro, luchan contra la corriente invasora de la impiedad; y unidos entre sí en una hermosa sociedad, con el valor inspirado por la fé y con los recursos en que es siempre fecunda la caridad, se colocan bajo la tutela de Dios y trabajan por mantener su culto, y se esfuerzan en im-

pedir y en reparar los daños gravísimos causados á la sociedad, á la familia y á los individuos por una guerra desaconsejada. Consolador espectáculo es ver una reunión tan respetable de fervorosos católicos, jóvenes la mayor parte, los cuales con sus obras, con su constancia y con su ejemplo procuran proporcionar cristiana educación é instrucción á los niños, preservar á los jóvenes de la corrupción que tantos estragos causa en las inteligencias y en los corazones, promover la publicación de buenos escritos, y mantener las prácticas de la Religión en las clases de artistas y obreros.

Este es vuestro trabajo; esta es la necesidad que procura llenar vuestra sociedad en sus diversas secciones. Y Nós damos gracias á Dios que la ha inspirado, y en la humildad de nuestro espíritu le rogamus ardientemente que se digne conceder á esta sociedad nuevo y creciente desarrollo, y que le conceda también el que pueda responder cada vez mejor á los altos fines de su institución.

Queridísimos hijos, debeis continuar con celo y con siempre más vivo empeño en la empresa comenzada. Los tiempos, vosotros lo sabeis, los tiempos son hoy día muy amenazadores; la guerra á Dios, á la Iglesia, á la misma civil sociedad es cada día más cruel, y cada día son mayores las necesidades que nos rodean.

Es, por lo tanto, necesario que os mostreis dignos de la noble y san-

ta causa á la cual os habeis consagrado; que empleeis en ella toda vuestra laboriosidad, siempre trabajando con sujecion á la autoridad de la Iglesia y de sus Pastores, como súbditos é hijos devotos. Es necesario que os mantengais siempre unidos, y que los vínculos que os unen se estrechen cada dia más. Es necesario que vuestras fuerzas sean cada dia más poderosas, y que tengan tal vigor, forma y organizacion que podais acudir, como un solo hombre, á cualquier punto que seais llamados.

Nós hemos manifestado en muchas circunstancias estos sentimientos y recomendado ardientemente la union, persuadidos de que de la union nace la fuerza, y la union y la fuerza aseguran la victoria. Estos mismos sentimientos os los repetimos ahora mismo á vosotros, y no dudamos de que con vuestra filial docilidad secundareis piadosamente nuestros deseos.

Entre tanto, para confortaros, animaros en vuestras obras y en prenda de nuestra particular benevolencia, os damos á todos y todas vuestras familias desde lo íntimo de nuestro corazon la bendicion apostólica.

»Benedictio, etc.»

LA CULTURA

SEPARADA DE LA RELIGION.

Constituye un estudio tan interesante como oportuno el exámen de los efectos que produce en el carácter y en la felicidad del hombre la cultura separada de la influencia de la Religion. En primer lugar, tiende directamente á hacer del hombre su propio centro, y á producir un espíritu de egoismo. ¡Cuánto de egoista tiene el moderno racionalismo! Este egoismo se manifiesta en el orden moral, sustituyendo una especie de deificacion propia al Dios infinitamente justo.

El hombre culto, sin religion, acomoda su conducta á un sistema arbitrario de principios ideados por él. Constantemente ocupado en crear ideales morales, vive, respirando su propio aliento, en una atmósfera de teorías. En vez de seguir el camino saludable y natural de obrar por una especie de instinto moral y en presencia de Dios, obra siempre por actos conscientes de conformidad á principios y máximas generales cuyo autor es él mismo. Semejante situacion de espíritu es mortal para la sencillez.

El egoismo es totalmente incompatible con la hermosa espontaneidad de un carácter inconscientemente sencillo, así como es incompatible tambien con aquella sencillez que puede servir de compañera á la más elevada conciencia de sí propio.

Cabe estudiar otros efectos en el carácter. Creemos además que el hombre meramente culto llega á ser cínico; que al dedicarse con demasiado exclusivismo á buscar la belleza en la idea y en la sensación, da por resultado una delicadeza artificial y un sentimentalismo muy diferentes del noble é ingénuo ardor de los corazones generosos, y que la más alta cultura intelectual, privada de los estímulos prácticos de la Religión, viene al fin á dar por resultado la ruina de todo entusiasmo real.

En general, puede decirse que la educación *por si misma* no ennoblece el carácter. Aumenta la intensidad de muchas de nuestras percepciones, pero no por eso vigoriza la solidez natural ó nobleza del carácter, al paso que hay en ella algunas tendencias de mal efecto inmediato.

El efecto que la cultura separada de la Religión produce en nuestra felicidad, es otra cuestión. Aseguramos que la naturaleza no informada por la Religión es impotente para aumentar nuestra felicidad. El buscar la ciencia ó la belleza por ellas mismas, separadas del amor de Dios, es totalmente estéril para satisfacer el corazón. Por eso es insensata la conducta de aquellos que se apartan de Dios para lisonjear los sentidos con las artes bellas. La cultura desperta sensaciones que, sin ella, no pueden despertarse, ó hace más intensas las sensaciones existentes, por lo cual aumenta á la vez nuestros goces y nuestras penas. Pero en el fondo existe una espantosa sensación

de vacío, porque los goces de la tierra son completamente insuficientes para satisfacer el corazón.

Entonces, repetimos, el hombre meramente culto crea sin cesar nuevos ideales morales y estéticos, por lo mismo que ve que cuanto tiene y le rodea le engaña, y es para él inagotable manantial de desventuras. Y esto es así, porque viven por darse culto, separados de Dios, que es, y no el hombre, fundamento del bien y de la belleza. La mente, ansiosa de armonía ideal en el orden ascético ó en el moral, se ve en constante lucha al ponerse en contacto con los hechos reales. Esto explica en gran parte la tristeza de muchos poetas. La poesía ha sido definida: «la armonía de las tristezas del universo;» y el poeta, que es un hombre contemplativo, no puede menos de entristecerse al ver que cuanto le rodea está, por decirlo así, grandemente dislocado, y que no le es posible satisfacer sus propias ansias por medio de sus construcciones ideales.

El problema filosófico de la existencia es además un perpétuo tormento para el alma pensadora, que no encuentra solución que le tranquilice después de penetrar el secreto de la existencia todo lo que Dios ha querido permitirle. El hombre pensador, si al mismo tiempo no sabe ser como un niño, está muy expuesto á ser infeliz.

Terminaremos diciendo que el cultivo de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad, con arreglo á nuestras circunstancias, constituye

un deber, y nos eleva y ennoblece cuando le encaminamos á Dios; pero que la cultura separada de la Religion, en vez de ennoblecer, deteriora nuestra naturaleza y aumenta nuestra infelicidad.

(The Tablet.)

CONVERSION DEL SR. ORBI SHIPLEY.

Hé aquí íntegra, y traducida directamente, la carta que el nuevo y célebre converso inglés ha dirigido al *Times*; llamamos vivamente la atención de nuestros lectores sobre su contenido:

«Señor redactor: Dos años há me concedió usted el rectificar la noticia dada en su periódico de que me habia sometido á la Iglesia católica; ¿quiere usted ahora permitirme que diga en su periódico que la misma noticia dada por algunos de sus colegas es cierta?»

»Después de maduras reflexiones, he creído que era deber mio el abandonar la Iglesia de Inglaterra, y le suplico á V. me permita ocupar un corto espacio de sus columnas para exponer algunas de las razones que me han movido á cambio tan grande en mi secta religiosa.

»Solo de este modo y por este medio puedo hacer que lleguen á conocimiento de los que fueron mis antiguos compañeros y mis antiguos feligreses, y le agradeceré me conceda liberalmente lo que pido.

»La causa de haber dado paso tan importante, en cuanto yo alcanzo á perci-

birla, es simplemente el llamamiento de Dios, al que han respondido mis instintos católicos, siguiendo también la lógica.

»No se ha debido á influencia personal, porque nunca he perdido voluntariamente un amigo, y no he mantenido relaciones con los que me han precedido en la vía que ahora he tomado; no se ha debido á la controversia, porque yo la he evitado cuidadosamente; no se ha debido tampoco, salvo indirectamente, á razones subjetivas.

»El resultado ha ido surgiendo firmemente del gradual, meditado y concluido estudio de la Religion.

»He profesado y enseñado durante largo tiempo casi todas las doctrinas católicas que no están expresamente prescritas en los formularios anglicanos; he aceptado y ayudado á restablecer casi todas las prácticas católicas que no han sido terminantemente prohibidas.

»Intellectual y exteriormente he vivido como católico en la medida posible, dada mi condicion de ministro anglicano. Pero en todo esto no he dejado de atenerme á un principio erróneo, á saber, el de mi juicio privado. Cuando me he convencido de que el verdadero principio de la fé y la práctica en materia de Religion era la autoridad, no he vacilado en hacer lo que he hecho.

»La única asociacion espiritual que pretendió señalar la verdad en virtud de la autoridad, y que ejerció de una manera visible la autoridad que reivindicaba, era la Iglesia romana. Por última vez, pues, me sirvo de mi juicio privado, y pido humildemente ser admitido en el gremio de la Iglesia.

»Y suplico á V. publique esto, no porque en ello haya nada de nuevo, sino porque tengo razones para creer que hay gran número de personajes de la *Alta Iglesia Anglicana* que aún hoy ocupan una situación análoga á la mia.

»Hay muchos, tanto del clero como seglares, que creen lo que yo he creído, que obran como yo he obrado, pero que no se sienten aún capaces del cambio que me ha sido dado llevar á cabo, y eso que son perfectamente honrados, como yo lo soy, que estaban perfectamente convencidos de su posición, como yo lo estaba, y que sin embargo no se deciden á abandonarla, como me sucedía á mi hasta que Dios me llamó.

»Yo no espero que mis compañeros de ministerio anglicanos recurrirán á su posición al mismo tiempo y del mismo modo que yo, y es fácil que, al contrario, me juzguen en el primer momento voluble y poco consecuente, aunque no he realizado este cambio en el ardor de la juventud, ni precipitadamente, ni bajo el influjo de una crisis, ni por temor, ni sin madura reflexión. Mi lealtad jamás ha vacilado mientras he creído que cumplía con ella; y cuando he empezado á dudar, he acudido á Dios, que se ha dignado atenderme.

»Que alguno, que muchos de mis antiguos amigos lleguen, como yo, á aceptar la verdad, toda la verdad, cosa es que deseo, y sobre cuya realización no abrigo duda. Es inevitable este paso de su parte, si permanecen en usar la gracia que ya poseen, y en seguir la luz que hiere ya sus pupilas. Nadie mejor que yo conoce cuántos hombres importantes

y distinguidos han de seguirme, cuántos otros quisieran ya hacerlo.

»Hay numerosas almas en la Iglesia de Inglaterra que han aceptado ya todos los verdaderos principios, y que los predicán, excepto aquel que debe guiarles á la unidad. Sólo tienen que cambiar—cambio en verdad grande y costoso—el principio del juicio privado, que bate la fé por su base, por el de la autoridad, que es un seguro cimiento.

»No quiero abusar de su paciencia, ni entrar en los detalles dogmáticos y prácticos que me han obligado á dejar la iglesia de Inglaterra. Si alguno quiere saber más, lo encontrará en el libro que he de publicar.

»Su seguro servidor, — *Orby Shipley*.

»Mihenesum Club 22 Noviembre de 1878.»

LOS CATÓLICOS

y los protestantes en Inglaterra.

Después de la carta dirigida al *Times* por el ministro anglicano Orby Shipley, uno de los escritores que de mayor fama gozan en Inglaterra, con motivo de su conversión al Catolicismo, debe leerse con especial atención el siguiente artículo del *Tablet*, en que esta excelente Revista se hace cargo de las objeciones del *Times* á la misma carta.

Dice así:

«EL LIBRE EXÁMEN.

»Como era natural, á la interesantísima carta del Sr. Orby Shipley esplican-

do su conversión, ha replicado *The Times* en un artículo verdaderamente notable. No discutiremos con el *Times* por las razones que aduce, porque la falta que le encontramos es que deja de razonar precisamente cuando llega al punto en que debía hacerlo.

»El *Times* se para, en efecto, ante una dificultad, que expone en la siguiente forma: «¿Puede abdicarse del juicio privado sin que se haga uso del juicio privado?» La cual pregunta sugiere esta otra: «¿Y no es acaso por el continuado ejercicio del juicio privado por lo que esa abdicación aparece justificada? Ciertamente, todos los actos de la voluntad son actos de juicio privado; y siempre se ejercita el derecho privado, adoptándolo como la estrella conductora para determinar los actos de la voluntad.

»Un ejemplo, aunque sencillo, puede aclarar la cuestión. Un niño bueno sigue las enseñanzas de su padre, porque la autoridad del padre es divina; y en este caso el juicio privado se ejercita, no con respecto á las enseñanzas mismas, sino á la autoridad de que proceden. Tal vez las enseñanzas aparezcan poco fundadas á la inteligencia del niño; pero como el juicio privado ha reconocido la autoridad del que la da, acepta lo que procede de ella.

»Pero este ejemplo tiene dos partes flacas: primero, la inteligencia del niño no está desarrollada, y no puede conducirlo á deducciones lógicas; segundo, por nadie, ni aún por el mismo padre; está afirmada la autoridad infalible del padre.

»El caso de la aceptación por el señor Orby de la autoridad de la Iglesia cató-

lica es distinto: en este caso la inteligencia se halla en plena madurez; y al seguir las enseñanzas de la Iglesia católica confía lógicamente en ella, porque ella enseña de un modo infalible la verdad. Así es que el ejercicio del juicio privado, tanto cuando reconoce la autoridad, como cuando continúa aceptándola y obediéndola, es un acto de sabiduría que, descubierto ya lo que es divinamente infalible, procede con toda lógica al someterse á sus enseñanzas.

»No es una objeción á lo que acabamos de decir, que el ejercicio del juicio privado dure hasta el fin de la vida, puesto que eso quiere decir en los católicos que el juicio privado acepta continuamente lo que ha reconocido que es constantemente infalible. Y este es el mérito de la vida de la fé;—en un buen católico el acto de fé es continuo, de todos los días, de todos los instantes, en todos los accidentes de su vida.

»La satírica objeción que formula el *Times*, con buena fé sin duda y sin reparar en lo que tiene de irrespetuosa, diciendo «que la sátira ridícula de un hombre que está dando vueltas en torno á su propio asiento para volver á sentarse en él, representa la falacia del principio que ha determinado la conducta del Sr. Shipley,» esa misma objeción es perfectamente justa, pero contra el *Times*. Porque desde el momento en que se quiere descansar, no en la infalibilidad personal, sino en la autoridad infalible, la sátira cae de lleno sobre los que prefieren el juicio privado para venerarse á sí propios, y no á la autoridad.

»En su carta al *Times* el Sr. Shipley dice muy terminantemente cuál es la au-

toridad con que ha sustituido á la suya propia. Ha sustituido el ejercicio de su juicio privado, sobre lo que se presentara ante él como imperfecto, por el de la obediencia á la autoridad divina, reconocida como infalible por su propio juicio, que renuncia así á juzgar de ella. Y en este acaso se encuentra la distinción exacta entre los católicos y los ritualistas; distinción que nunca será bastantemente señalada.

» Los ritualistas creen en la autoridad divina, pero al mismo tiempo se creen con el derecho de juzgar de ella; mientras los católicos, aceptando la autoridad divina, prescinden del juicio particular sobre el de la autoridad divina.

« Esto es, sin duda, un acto de juicio privado, pero es, sobre todo, un acto de razón.

Una vez llegado á ese punto, el juicio privado, perfectamente seguro de que la autoridad á que se somete es divina, funciona continuamente, obedeciendo continuamente á la autoridad que continuamente también reconoce.

» Puede preguntarse, si, cuál es la autoridad, dónde está la autoridad; pero la respuesta es sencilla: no hay sino una autoridad divina, infalible: la Iglesia católica, ni fuera de ella hay siquiera autoridad que reclame la enseñanza proclamándose divina é infalible; donde se ve otra prueba de que lo es. Así desde el momento en que una autoridad tiene el poder, y al mismo tiempo reclama la facultad de enseñar (porque sin eso el poder no tendría objeto), la inteligencia que ha llegado á admitir una autoridad tiene que admitir la autoridad de la Iglesia, del mismo modo que cuando sólo

hay una autoridad que enseña, sólo una autoridad puede ser obedecida.

« Todo juicio privado que busca una autoridad infalible, tiene que reconocer que no hay otra sino la de la Iglesia, única que se proclama siempre infalible, porque lo es verdaderamente. ¿Y es acaso acto de razón y sabiduría preferir la falibilidad que se reconoce á sí misma, á la infalibilidad que toda la historia proclama?

» No queremos juzgar de la conciencia de ningún protestante; defendemos sólo la consecuencia de un convertido, y repetimos que el gran acto, el acto mayor de sabiduría del juicio privado, es el de obedecer á la autoridad divina, si se reconoce que existe.

« Se puede negar su existencia; se puede rechazar la Revelación; pero el cristiano que cree en la autoridad divina, va contra la razón y la lógica si se niega á acatarla y á obedecerla. En aquellas materias que son meramente especulativas, que no tocan á la Revelación, el juicio privado puede tomar el vuelo que quiera; pero cuando se admite lo sobrenatural, sólo la humildad es razonable.

« Por todo lo cual podemos señalar la distinción real entre un católico y cualquier cristiano que se halle fuera de la Iglesia católica en estas pocas palabras:

« *El católico honra continuamente al juicio privado al obedecer á la autoridad que el mismo juicio ha reconocido como divina é infalible, mientras el cristiano no católico deshonor continuamente al juicio privado admitiendo premisas que no le llevan á una conclusión práctica.* »

CRÓNICA RELIGIOSA.

ROMA.—A las once de la mañana del día 10 Su Santidad recibió en audiencia particular á S. A. R. el príncipe heredero de Suecia y Noruega, quien fué recibido, conforme al ceremonial, por Monseñor Macchi, mayordomo mayor de S. S., y presentado por el mismo.

Al terminar la audiencia, el príncipe presentó la servidumbre al Sumo Pontífice.

Desde la cámara pontificia el príncipe fué á visitar al Emmo. señor cardinal Nina, secretario de Estado.

Por conducto del Nuncio apostólico en Viena, la Santa Sede ha propuesto á Rusia que resuelva las cuestiones relativas á la Iglesia de Polonia, á lo que el Czar ha contestado enviando á Roma al príncipe Ourousoff, encargado de una misión especial.

El resultado de esta misión ha sido satisfactorio, pues el príncipe, después de haber celebrado con el cardenal Nina varias conferencias, ha vuelto á Rusia para someter á su gobierno un proyecto de arreglo.

Las negociaciones presentan buen aspecto, pues, al parecer, Rusia está animada de un espíritu conciliador.

En vista de las dificultades suscitadas por el gobierno austriaco, y del descontento que ha producido en la diócesis de Mons. Strossmayer el proyecto de trasla-

dar la Sede á Bosna Serai, ésta, por el momento, continuará en Diakavar.

Paris 10 Diciembre de 1878.

La persecucion que hace algunos dias vengo indicando contra las congregaciones católicas destinadas á la enseñanza, no solo no decrece, sino que promete tomar ciertos visos de legalidad, especialmente si los proyectos de M. Paul Ber llegan á ponerse en práctica.

Aspira á la creacion de grandes escuelas laicas destinadas á formar un gran número de institutrices con el correspondiente título.

Si esto se hace, el tiro va directo, pero no creo sea de verdadero resultado para los impios, en cuanto las religiosas instruyen tan bien á sus discípulas, que estas son siempre las que obtienen los primeros premios.

Sin embargo, analizando el fondo de las cosas, parece imposible que se sueñe en la creacion de escuelas que sustituyan á las sostenidas por los institutos religiosos, pues estos ahorran al Estado la friolera de 10 millones que le costaria el dar la instruccion que estos dan. Y más extraño es que haya periódicos como el *Siecle*, por ejemplo, que encuentran es demasiado tolerar las congregaciones católicas á causa del dinero que entre todas poseen.

¿Por qué no la emprenden contra Rothschild, que tiene una fortuna igual á la de las congregaciones dichas, y que puede regir el alza y baja de valores, y puede, si quiere, ocasionar más de un conflicto?

Cierto: los institutos religiosos tienen

recursos, pero los emplean descargando al Estado de un gravamen considerable y educando gratuitamente al pobre pueblo y esto es lo que no conviene á los que quieren constituirse en sus maestros.

ALEMANIA.—Hé aquí el extracto de la parte principal de la sesión celebrada el 11 por la Cámara de diputados de Berlín, y en la que el Sr. Windhorts pidió que se modificase la ley contraria á las congregaciones é institutos religiosos.

El ministro de Cultos, el tristemente célebre Sr. Falk, dijo «que queria la paz con la Iglesia, pero no sobre la base de condiciones inaceptables,» por lo que respondia con un *no* rotundo á lo propuesto por el centro.

«Se ponen semejantes condiciones,» añadió, á un enemigo que tiene los piés y las manos atados; pero no al que está erguido y ha de permanecer erguido siempre.»

«El centro no quiere la paz; combate por combatir.»

«El Papa actual ama la paz, y lo ha probado en diversas ocasiones. El gobierno ha estado dispuesto, y continúa estándolo, á ajustar la paz, tomando por punto de partida la carta del príncipe imperial al Papa; pero aunque se desea la paz por una y otra parte, no puede hacerse en un abrir y cerrar de ojos.»

«El Estado no quiere otra paz que la que presente garantías de duracion. La proposicion encaminada á dejar sin aplicacion las leyes existentes, es inadmisibile. El gobierno no puede aceptarla hasta tanto que se encuentre el medio de firmar la paz; no abandonará la posicion

adquirida con tanto trabajo; no renunciará á las leyes que considera necesarias.»

Hasta aquí el discurso de Falk, quien claramente demostró lo que en verdad no necesita demostracion, á saber: que, siendo él autor principal de esas leyes, dictadas contra la libertad de la Iglesia, las conserva el amor de padre; pero es evidente que esas leyes no pueden subsistir desde el instante en que se ajuste la paz, reclamada imperiosamente por la opinion pública en toda Alemania, é impuesta por las circunstancias al mismo Bismark y al mismo Falk.

La proposicion del diputado del Centro fué, sin embargo, rechazada, no logrando reunir más votos que los del Centro y los del antiguo partido conservador; esto es, los votos de los católicos y de los protestantes no alucinados por el Canciller de hierro.

Respondiendo á la indicacion clara de Falk sobre la supuesta divergencia entre el Papa y los diputados católicos de Alemania, el Sr. Windtohrs declaró que él y sus amigos atacarían respetuosamente lo dispuesto por el Papa; añadiendo que lo que ellos han dicho lo aprueba el Papa, aunque otra cosa suponga el ministro de Cultos, autor de las leyes de Mayo.

También pudo haber añadido el orador católico que hay una marcada divergencia entre el lenguaje empleado por Falk y el empleado recientemente por el emperador Guillermo, el cual ha creído que debia condenar indirectamente la funesta política seguida por su Canciller respecto á la Iglesia.

Si Bismarck y Falk no aprenden, la

Iglesia podrá continuar sufriendo en Prusia; pero más sufrirán ellos, á quienes no perdonarán jamás los socialistas la persecucion iniciada.

Y ya se sabe cómo se vengan los socialistas.

So Santidad Leon XIII ha recibido en audiencia privada al duque y la duquesa de Norfolk, cuyo nombre es tan simpático para los católicos del mundo entero.

Mons. Aquiles Rinaldini, que era sustituto de la Secretaria de la Propaganda, ha tomado posesion de una canongia de Santa Maria la Mayor.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.

En Santa Maria á las nueve, misa misa mayor.

Martes.—A las diez de la noche dan principio los maitines de la *Natividad de Ntro. Señor Jesucristo*, en San Nicolás y Santa Maria.

Miércoles.—*La Natividad de Ntro. Señor Jesucristo*.—En la Colegial, á las diez misa conventual, y por la tarde principiará el solemne Octavario en memoria del Sagrado Nacimiento del Niño Jesús.

Todos los dias se expondrá S. D. M. á las cuatro de la tarde; se rezará el Santo Rosario, á que seguirán el sermon,

Octavario, Letania del Santísimo Sacramento y se reservará. Despues se cantarán por la música los Gozos del Niño Jesús.

El último dia se dará la bendicion con Jesús Sacramentado.

En el dia de la Natividad, en el de la Dominica infra octava y en el de la Circuncision, despues de la reserva, se hará la adoracion del Niño Jesús.

Predicarán los Sres. Canónigos siguientes: dia 25, D. Casiano Quiles; dia 26, D. José M.^o Sanchiz; dia 27, D. Antonio Caparrós; dia 28, D. José Baeza; dia 29, D. Florentino de Zarandona; dia 30, D. Antonio Ibañez; dia 31, D. Juan de Zarandona; dia 1.^o de Enero de 1879, el M. I. Sr. Abad de la misma.

En Santa Maria, á las nueve, misa mayor.

En las demás iglesias los oficios de costumbre.

En las Agustinas, á las ocho, misa de renovacion.

Jueves.—En las Capuchinas, á las siete ménos cuarto, misa de renovación.

Sábado.—A las cuatro de la tarde, principiará la Novena del Niño Jesús, que terminará el dia de *Reyes* con sermon y adoracion.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administracion, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar las cantidades que adeudan por la suscripcion á este periódico hasta fin de Diciembre último.